

Prólogo

Es para mí un privilegio haber sido invitado a escribir un prólogo al libro del Dr. Artigas, destinado a responder algunas de las más importantes preguntas que pueden hacerse las personas humanas. Además, las respuestas que aquí se dan tienen la seriedad y profundidad que se requiere. Estamos inundados por libros que son superficiales y a menudo pseudo-científicos. Séame permitido expresar, en esta introducción, algunas de mis ideas, para ilustrar cuánta simpatía me merece el esfuerzo del Dr. Artigas por narrar una historia científica no contaminada por el materialismo cientifista, que es una grave amenaza para los valores culturales y religiosos que han modelado e inspirado nuestra sociedad con su herencia cristiana.

Sostengo, con un cierto aire cartesiano, que hay dos proposiciones básicas para cualquier intento de entendernos a nosotros mismos y nuestras relaciones con el mundo (incluyendo a los otros sujetos). En primer lugar, la certeza de que cada uno existe como un ser autoconsciente único. En segundo lugar, la certeza de que existe el mundo material, que incluye el propio cuerpo y su cerebro.

La filosofía contemporánea descuida los problemas referentes al carácter único que cada «yo» experimenta. Esto se debe posiblemente al influjo del materialismo, que es ciego para los problemas fundamentales que surgen en la experiencia espiritual. El suceso más extraordinario en el mundo de nuestra experiencia es que cada uno de nosotros aparece como un ser único auto-consciente. Es un milagro que está siempre más allá de la ciencia.

Una insidia perniciosa surge de la pretensión de algunos científicos, incluso eminentes, de que la ciencia proporcionará pronto una explicación completa de todos los fenómenos del mundo natural y de todas nuestras experiencias subjetivas, no sólo de las percepciones y experiencias acerca de la belleza, sino también de nuestros pensamientos, imaginaciones, sueños, emociones y creencias, o sea,

la totalidad de nuestra vida mental interior, incluyendo nuestras experiencias más profundas del amor, tanto el *Ágape* como el *Eros*. Esta extravagante y falsa pretensión ha sido calificada irónicamente por Popper como «materialismo promisorio». Es importante reconocer que, aunque un científico pueda formular esa pretensión, no actúa entonces como científico, sino como un profeta enmascarado de científico. Eso es científismo, no ciencia, pero impresiona fuertemente al profano, convencido de que la ciencia suministra la verdad. Por el contrario, el científico no debería pretender que posee un conocimiento cierto de toda la verdad. Lo más que podemos hacer los científicos es aproximarnos más de cerca a un entendimiento verdadero de los fenómenos naturales mediante la eliminación de errores en nuestras hipótesis. Es de la mayor importancia para los científicos que aparezcan ante el público como realmente son: humildes buscadores de la verdad. Si los científicos aparecemos de este modo honesto y si nos dedicamos a presentar al público la ciencia de un modo inteligible, podemos volver a ganar algo de la estima pública perdida, y la cultura científica florecerá ampliamente en el futuro.

Me preocupa especialmente el penetrante materialismo de nuestra época, que se basa en una mala interpretación de la visión del mundo que nos proporciona la ciencia. Está ampliamente difundida la creencia de que la evolución biológica ha proporcionado una explicación completa de nuestro origen y ha refutado para siempre la doctrina de un Creador divino. Por supuesto, la Historia bíblica no pretende explicar científicamente la creación. Ahora se explica científicamente el origen del cosmos mediante el *Big Bang* y la subsecuente evolución cósmica de galaxias, sistemas solares y planetas. Pero es aún más asombroso el origen de la vida en nuestro planeta agraciado de modo único, la Tierra, donde se ha puesto en escena la creatividad dramática de la evolución biológica. ¿Podemos preguntarnos si ha habido cierto designio o intención en esa evolución? Recordemos que, de modo un tanto misterioso, cada uno de nosotros, como seres con una experiencia consciente única, hemos llegado a existir mediante una evolución biológica que ha causado la aparición de nuestros cuerpos y cerebros. Yo creo que hay una Providencia Divina que opera sobre y por encima de los sucesos materiales de la evolución biológica. No debemos afirmar dogmáticamente que la evolución biológica en su forma actual es la verdad última. Deberíamos más bien creer que es la historia principal y que, de modo un tanto misterioso, hay una dirección que guía la cadena evolutiva de contingencias.

Podemos conjeturar que los animales superiores poseen alguna conciencia, aunque esto no se encuentra todavía explicado por la evolución biológica. Puede conjetrarse además que en el proceso filogenético de la evolución de los homínidos hubo todas las transiciones desde los animales conscientes hasta los seres humanos auto-conscientes, como sucede ontogenéticamente desde el bebé humano hasta el niño humano y la persona humana adulta; sin embargo, esto resulta un milagro que está más allá de la explicación científica.

No hay duda de que cada persona humana reconoce su propia unicidad, pero la explicación científica nos elude. No es explicable por la unicidad genética, que en todo caso no vale para gemelos idénticos. Hay un inmenso abismo de desarrollo entre las instrucciones genéticas proporcionadas por el cigoto, y el cerebro del niño recién nacido. Debe reconocerse que el «ruido» del desarrollo hace que sea caótico e incoherente todo intento de derivar nuestra unicidad experimentada de nuestra unicidad genética. Y ese intento se enfrenta con la infinitamente improbable lotería genética que gobierna la existencia actual del genoma único de cada uno.

Una respuesta frecuente y superficialmente plausible a este enigma es la aserción de que el factor determinante es la unicidad de las experiencias acumuladas por un «yo» durante su vida. Se acepta fácilmente que nuestro comportamiento y memoria, y de hecho todo el contenido de nuestra vida consciente interior, dependen de las experiencias acumuladas en nuestras vidas, pero por muy extremo que pueda ser el cambio producido por exigencia de las circunstancias en algún punto particular de decisión, uno sería todavía el mismo «yo», capaz de rastrear hacia atrás en la propia continuidad de la memoria hasta los recuerdos más tempranos, hacia la edad de aproximadamente un año, el mismo «yo» con otra apariencia. No puede haber eliminación de un «yo» y creación de un nuevo «yo».

Puesto que las soluciones materialistas fallan cuando intentan dar cuenta de nuestra unicidad experimentada, me veo obligado a atribuir la unicidad de la psique o alma a una creación espiritual sobrenatural. Para dar la explicación en términos teológicos: cada alma es una nueva creación divina. Es la certeza del foco interno de individualidad única lo que exige la «creación divina». Me permito decir que ninguna otra explicación es sostenible; ni la unicidad genética con su fantásticamente imposible lotería, ni las diferencias ambientales que no determinan la unicidad de cada uno sino que meramente la modifican.

Esta conclusión tiene un significado teológico inestimable. Refuerza fuertemente nuestra creencia en el alma humana y en su origen prodigioso por creación divina. Se reconoce no sólo el Dios trascendente, el Creador del Cosmos, el Dios en el que creía Einstein, sino también el Dios amoroso al que debemos nuestro ser.

Podemos apelar a una analogía, considerando el cuerpo y el cerebro como un soberbio ordenador construido por el código genético, que ha sido causado por el maravilloso proceso de la evolución biológica. En esa analogía, el alma o psique es el programador del ordenador. Cada uno de nosotros como programador ha nacido con su ordenador en su estado embrionario inicial. Lo desarrollamos durante nuestra vida. Es nuestro íntimo compañero a lo largo de la vida en todas nuestras actividades. Da y recibe respecto al mundo, que incluye otros sujetos. Los grandes misterios se encuentran en nuestra creación como programadores o sujetos con experiencias, y en nuestra asociación a lo largo de la vida, cada persona con su propio ordenador. En la muerte, nuestro ordenador (cuerpo y cerebro) se desintegra, pero podemos tener la esperanza de que el programador creado prodigiosamente, nuestro yo o alma, experimentará, a través del amor de Dios, una ulterior existencia inimaginable en otro nuevo modo de ser.